

TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



¿Límites a la democracia local?

Las contiendas electorales suelen ocupar gran parte del espacio dedicado al análisis de los asuntos públicos. Más aún, buena parte de la sociedad considera que la vida política se circunscribe a los procesos electorales. ¿Cuál es el origen de esta visión reduccionista? En un País como el nuestro, donde las elecciones fueron una quimera por décadas, la posibilidad de transformar el orden político por la vía electoral produjo muy probablemente la simplificación de la vida política. Se le otorgó un poder disruptivo a las elecciones libres. Por ello la transición mexicana se llegó a caracterizar como una "transición votada". Claro, en un País donde los pactos para avanzar hacia un cambio de régimen político no existieron, le exigimos todo a las elecciones; o para decirlo en otros términos, la vida pública parece agotarse en las elecciones.

Desde luego que esta deformación ha calado hondo en nuestra cultura política; los valores y creencias de nuestra sociedad acerca de la vida política suelen limitarse a los procesos electorales. Así será mientras que no tengamos otro filtro para comprender los grandes cambios de la dimensión política y que son necesarios para realmente construir nuestra convivencia democrática. Por eso la desazón cuando comprobamos que pese a la alternancia (federal, estatal o municipal) todo parece reducirse al simple cambio de los grupos gobernantes. Las instituciones de antes y después siguen siendo las mismas y no parece haber prisa por transformarlas. Los partidos políticos, portadores de ideas de cambio y transformación por naturaleza, no parecen com-

prender su misión y se limitan a tratar de ganar las elecciones con los mismos métodos de antaño. Por eso la ciudadanía no alcanza a comprender las diferencias entre uno y otro instituto político.

Hoy en nuestra entidad estamos entrando a un periodo intenso donde las elecciones para renovar la gubernatura, las alcaldías y el Congreso ocuparán toda la atención de la vida pública. Los candidatos de todos colores nos volverán a bombardear con promesas de campaña y, sobre todo, con una cantidad incommensurable de mensajes en los medios. Al final todo mundo queda saturado y listo para los siguientes comicios de 2009. Y vuelta a empezar. En esa multiplicación de imágenes la población pierde parte sustancial del entendimiento de la dimensión pública. Las elecciones, con ser parte fundamental de una democracia, no deben abarcarlo todo. Tenemos que darnos tiempo y espacio para reflexionar sobre el resto de los temas torales y, sobre todo, para avanzar en la transformación y adecuación de las instituciones a los requerimientos de una democracia de calidad.

Como le achacamos todos los defectos o todas las virtudes a los procesos electorales, creemos que una alternancia en el poder, es decir, el triunfo de un partido opositor al gobierno en turno, es suficiente para avanzar hacia la democracia. Si bien la alternancia es una condición necesaria, no es suficiente para una transformación profunda de la vida política. Por eso a nivel local parece que somos incapaces de comprender las limitaciones del cambio de gobier-

no. Así ha sucedido desde 1989 en la entidad. En aquella ocasión triunfó el PAN y se anunció el arribo de la democracia. Pero en Baja California ya hemos tenido fenómenos de doble alternancia y sin embargo seguimos padeciendo muchos de los problemas del viejo régimen.

¿Será que hay fenómenos estructurales que nos impiden hablar de una transición política local y más aún de un proceso de consolidación democrática al margen de los que sucede a nivel nacional? Creo que esta debería ser una pregunta que guiara una investigación acerca del cambio político y sus limitaciones en el ámbito estatal.

Siempre me ha llamado la atención que tanto políticos profesionales como académicos hablen con tal ligereza sobre la consolidación democrática en el ámbito municipal o estatal. Lo plantean como si fuera posible hablar de ello, como si las entidades en México gozaran de plena independencia respecto a la forma como se organiza la República. Es como si se pudiera hablar de islas democráticas en medio de un país con rasgos autoritarios. O formas de gobierno locales radicalmente distintas a lo que acontece en el orden federal. Eso ni siquiera sucede en democracias como la española donde las comunidades gozan de una verdadera autonomía política. Pero en México si gana un partido opositor lo festejamos como si ello fuera garantía de profundas transformaciones. No hay evidencias para pensar que ello sea así.

El régimen político mexicano es presidencialista y se reproduce en toda la geografía nacional. No hay islas democráticas radicalmente distintas del resto del País.

Correo electrónico: victorae@dns.collef.mx
El autor es investigador del Colegio de la Frontera Norte.